

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 9 DE JUNIO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

## Anatole France

### El príncipe de los prosistas

CUANDO el francés sea una lengua muerta—escribió Fernando Gregh—, se darán a traducir a los escolares trozos de Anatole France, como hemos traducido en cuarto año *El Sueño y El Gallo*, de Luciano de Samosata. Anatole France es otro Luciano, polígrafo, burlón y artista como él; un Luciano francés, de París: Luciano de Bergeret. Será un gran clásico. No se ha escrito mejor en el siglo XVII, ni en el siglo XVIII. Renán mismo no escribía tan bien».

Este clásico francés, príncipe de los prosistas de su país, ha cumplido ochenta años. Un grupo de escritores españoles le ha enviado con tal motivo un mensaje. Anatole France no pertenece sólo a la literatura de su país. Es uno de los maestros de la Belleza y el Pensamiento, al que todos debemos alguna suavidad del espíritu y alguna emoción exquisita. Ser un escultor de la palabra no ha sido su mayor mérito. El amor a las ideas es en él tan intenso, tan comprensivo, tan sabio en gustar la belleza o la austeridad de cada una, que le hizo pasar por un fino aficionado que recorre las salas del Museo del pensamiento.

La silueta espiritual de Anatole France se ha solido trazar con estos dos rasgos: classicidad y diletantismo. Otro de sus críticos: Bernard Lazare, decía de él con mordacidad: «Ha heredado el alma de los griegos de la decadencia. En literatura es un cantor de la Capilla Sixtina; tiene la voz pura y la irresolución de estos personajes. Es el hijo de Renán, cuyo mono es Julio Lemaitre. Buen parnasiano y mediano filósofo... Ha escrito cuentos encantadores, y no ha sabido componer un libro. Tiene amueblado el cerebro, pero los muebles están en desorden. Ha hecho crítica con más diletan-

tismo que convicción, con más fantasía que franqueza, pero con mucho arte. Este poeta, escrupuloso observador de las reglas, es el más irresoluto de los moralistas y el más desequilibrado de los metafísicos; el más suelto de los retóricos y el más sólido de los sofistas».

No es un cantor de la Capilla Sixtina, como se dice en esta diatriba. Tampoco un diletante. No pertenecía a la familia de los estetas que hacen de la religión de la belleza un culto de insoportable narcisismo, sin calor humano. En sus obras la Ironía está templada siempre por la Piedad. Aquel hombre criado entre libros, que vivía entre ellos y tanto los amaba, supo salir de su torre de marfil o de su

ciudad de los libros y lanzarse, lleno de pasión cívica, a la plaza pública de la ciudad tumultuosa y agitada, cuando el *affaire* Dreyfus dividió a Francia. *La isla de los pingüinos*, es un testimonio de que el supuesto diletante era un luchador, que hasta sabía volverse rabelaisiano. Su aparente diletantismo era comprensión. Su filosofía no era sólo una contemplación voluptuosa, en que la belleza de la vida le hacía perdonar la vanidad de la vida, como dijo Lanson. Era una filosofía de caridad hacia el hombre y de caridad hacia las ideas, que aspiraba, ante todo, a comprender las cosas con amor y a compadecerse de sus imperfecciones.

Anatole France, que en el registro civil se llama Anatolio François Thibault, vivió desde niño entre libros. Su padre era un librero del Quai Voltaire, que vendía libros raros y curiosos, y a quien llamaban *Le père France*, de donde vino el seudónimo que, como el de Azorín, llegó a eclipsar el nombre. Aquella librería, cuyos fondos eran principalmente de Teología y de escritores y filósofos del siglo XVIII, fué el escenario de la infancia de France y la escuela donde se formaron su vocación y su gusto. El recuerdo de la librería, de las tertulias de legitimistas y de bibliófilos que acudían a la tienda de su padre, antiguo guardia de Corps de Carlos X, ha dejado reflejos en algunos de sus libros como *Le livre de mon ami* y *Pierre Nozière*, en gran parte autobiográficos. Como es frecuente en los escritores de mucha sensibilidad e intensa vida interior, vertió parte de su intimidad: ideas, sentimientos, curiosidades y aspiraciones en varios de sus personajes. A ratos, Silvestre Bonnard, el abate Jerome Coignard, el doctor Trublet, de *Histoire comique—Mon petit Socrate—* y Luciano Bergeret, son France.

Otra librería sirve de escenario a sus principios literarios: la



ANATOLE FRANCE

(Caricatura de MASSAGUER).